

Estampa y apología del fabuloso adelantado D. Sebastián de Benalcázar

Elogio del conquistador del Cauca, leído en Cali por su autor el 25 de julio, en la inauguración del monumento del fundador. obra de Victorio Macho.

I.--El sentido de la estatua

Bien está aquí, sobre esta colina de los Andes, Don Sebastián de Benalcázar. Los puntos cardinales se unifican en el eje de su perfil eternizado por el artista, como los vértices de la estrella en la línea de luz que los congrega en torno de su núcleo vital. Desde este día perdurable en su significación histórica, este palmo de tierra constituido queda, por obra y gracia de la presencia heroica, en centro natural del paisaje circundante. Caído de los espacios siderales, el fuego de la gloria inmortal prendió aquí en llama de piedra y bronce la antorcha de nuestra comarca, que por estar alimentada con la sustancia indígena, la misma que le da sér de belleza inmarcesible a nuestros campos, arderá como pira sacra en el seno de las edades, alumbrando el vivir y morir de las generaciones. Superponiéndose a la verdad simplemente humana de este monumento, que vivirá su muerta vida en los archivos del futuro, hay en él una verdad más verdadera: y es la que ahora, en nombre de la divina poesía, madre de los seres eternos y de la verdad esencial, os anuncio al decir que esta columna vernácula y esta efigie plasmada en bronce hispano no son obra del escultor y del cantero, cuyas manos y mente obraron al impulso de un soplo misterioso, sino fruto natural del vasto mundo descubierto y sometido por el conquistador, fruto engendrado en las entrañas de este retazo tropical de la América, que lo vio un día, hace cuatro centurias, pasar, como una candela desprendida de los astros, por sus montañas abismales y sus selvas compactas y sus lla-

nuras tempestuosas y sus ríos innúmeros, y enamorada del héroe arcano que venía a ella no sabía de dónde, del cielo estelar que la cubría, o de otra tierra ignota, o de los confines fabulosos del destino, llenóse toda de él, hundió en su seno de india brava el resplandor que fluía de los ojos y la armadura del blanco campeador, y abriendo cauces al espíritu que lo movía, más vivaz todavía y luminoso que el relámpago de sus propias tormentas, púsolo a circular en el laberinto en que se acendran sus mejores criaturas: la piedra, los metales, el agua, el árbol, los vientos, y así plasmó su imagen para llevarla a presidir, como una síntesis de sí misma, desde este monte afortunado, el concierto de su naturaleza.

Bien está pues aquí, en esta sede de su señorío, el padre y numen tutelar de estos contornos. A la diestra el sur, con sus valles malignos, que diezmaron las columnas de asalto, y su cortejo de volcanes, que alineáronse en mitológica custodia al ondulante rodar de sus falanges. Allá queda, en testimonio de su paso, lengua cauda de ciudades insignes. Al otro lado el abra mirífica del valle, que él y su gente habían de explorar y enriquecer con perdurables fundaciones. Al fondo, guardando la espalda del héroe, que Dios hizo ancha y fuerte como para cargar un mundo, la arisca mole que nos separa del océano y que el Génesis puso allí para vertebrar el continente y para probar nuestra energía, porque perforando su muralla habríamos de ganar, en lucha con la cantera hostil y el agua ubicua, con la serpiente y el insecto, los caminos del mar. Y al frente, cabrilleante en el día y profunda en la noche como sus pupilas de águila, en diálogo incesante con ellas, la llanura que él fecundó con savia de vida indeficiente, sin cultivo y casi desierta entonces y hoy en perpetua incubación de todos los dones de la naturaleza, en escala que va desde el hombre hasta el sér elemental y recorre el profuso catálogo de los frutos del Trópico.

No es ya la flecha en vuelo de luz cristiana, salida de la constelación ibérica que centraba y regía en el Perú, como otro sol que ha vencido al del Inca, el marqués Don Francisco Pizarro; ni es la racha grávida de simientes, que vino dejando su mensaje en riscos y planicies, a lo largo de tierras medidas con la cinta interminada de las constelaciones. Cumplida ha quedado por el emisario fabuloso la empresa de iluminación y puesto por su mano, en el re-

gazo de estas regiones de la América, el germen cuyo desenvolvimiento acaba de entregar, con la actitud de un príncipe que distribuye órdenes en la asamblea de sus siervos, a la labor subalterna de los siglos. Hállase el héroe, ahora, en la hora de la inmortalidad, que es el reposo augusto. Sebastián de Benalcázar, en cuanto creador, está viviendo aquí su séptimo día. La forma perecedera se estabiliza en sustancia perdurable y el hombre transitorio, escapado a la mentira de la muerte, cobra la fijeza definitiva de los símbolos.

Explícate así, con la simplicidad de las obras extraordinarias, el sentido de la estatua. Victorio Macho ha seguido al conquistador, paso a paso, en su itinerario deslumbrante. Mas al fijarlo en la torre del monumento ha elegido el minuto en que se erguía sobre su propia plenitud, en la cima del plazo que le fue concedido para su empresa angélica, puesto que fue la suya faena de emisario, de anunciador de un poder y una doctrina, de evangelista de una cultura en cuya entraña, a pesar de los instrumentos de la realización, vino el mensaje de la cruz. Hé aquí por qué faltan en esta efigie los accidentes elementales que completaron habitualmente la figura andante del conquistador, y se nos muestra al que fue encarnación del movimiento en la quietud perfecta, casi abstracta, de los sueños cumplidos.

Porque fue sorprendido por el artista en ese momento preciso y cenital de su parábola, el conquistador no es aquí el hombre de antes y después, el del ascenso glorioso y la desventurada decadencia, sino lo que en ese instante, por voluntad de Dios, y sólo en ese instante, llegó a ser: el arcángel. Contempladlo y advertiréis que ha sido concebido por el escultor en esta función maravillosa que en determinada hora de su vida cumple todo hombre superior. La superioridad humana es altura excepcional de espíritu, y ésta convierte al que con ella ha sido enriquecido en clarín y brazo de una idea, de un anhelo, de una doctrina religiosa, social, estética o política, de una norma de vida o de un sistema de gobierno. Obra entonces el hombre en nombre y al impulso de una fuerza que emana de los abismos de la inspiración y adquiere así el carácter místico de enviado de los númenes que vigilan y disponen el eslabonamiento de los días. El ángel fue el agente de Dios desde que por la rebeldía original vino a quedar interrumpida la



Don Sebastián de Benalcázar

(Obra de Victorio Macho)

- Cali -

política divina que había establecido la inteligencia directa entre la criatura y el Creador. Al devolver su voluntad a la fuente en que ella tuvo origen y constituirse en empresario de la Providencia, en la forma y medida en que su mente alcanza a interpretar los planes de la sabiduría insondable, el hombre se restituye aproximadamente a la pureza primitiva y asume la función angélica que constituye el signo de elección con que se distinguen de la tribu numerosa el santó y el héroe, el sabio y el artista.

Al reflejarlo de ese modo, el escultor hizo en este caso, más que la efigie singular de uno de los mayores conquistadores de la América, la encarnación simbólica de esta dura, fulgente, abrumadora categoría humana. Por representarlo en su admirable integridad, este bronce, al par que a Sebastián de Benalcázar, trasunta, en abstracción impresionante, al varón casi mitológico que la España de aquella edad incomparable en la historia de las empresas del heroísmo envió a completar el descubrimiento y a adelantar el sometimiento político y la conquista espiritual de las Indias occidentales.

Nunca es dada al artista la certidumbre plena del contenido de su obra. Porque aunque sea lumbre de su candelabra arcana la inteligencia que sondea sus abismos, el espíritu sustrae una reserva de fuerzas que actúan en el afán del hombre más allá del alcance de sus cálculos y sus leyes, en una zona de libertad mística, avaramente defendida por los poderes de la divinidad que el alma trae consigo como sello de su estirpe suprema. El artista viene a ser de este modo obrero del misterio, arcilla iluminada por los destellos de una hoguera que él mismo no conoce, urna de resonancia de armonías recónditas, mensajero de una noticia llegada a él de lejanías de eternidad. No es el poder del hombre lo que el genio del artista nos revela, según decía Goethe: es el poder de Dios.

Hé aquí cómo al modelar la imagen de un adalid de gesta, el escultor nos ha dado la estampa de un arcángel. El centuaro se ha transformado. En vano buscaremos el tronco de caballo que antes veíamos en él. Ya sólo resta una cabeza coronada por un nimbo solar; una veste de luz, que enciende el bronce en llamas inefables; un índice profético y una sandalia inmóvil, afirmada en la tierra sometida como esas raíces por las cuales descenden a los talleres geológicos la química del sol y los elementos de la atmósfera.

Y unificando, en eje luminoso, las masas concurrentes, la espada todopoderosa, que ya no es allí símbolo ni instrumento de la humana contienda, sino el relámpago de Dios, que fulguró, al principio de los tiempos, en el alfange que cerró a Adán y su descendencia la puerta del primer paraíso.

II.--El héroe y su odisea

Conturbadora, como pocas entre los casos similares que nos ofrece la historia universal, muéstranos la gloria de Sebastián de Benalcázar. El ojo de los hombres clasifica y valora los matices de la luz en relación de los contrastes. Esencialmente hay siempre una unidad profunda en los héroes, puesto que el heroísmo no reside en las consecuencias de su empresa, sino en la simiente que al florecer proyecta una nueva claridad sobre el tiempo y modifica el curso de una edad o allega un concepto nuevo de la vida. Pero nuestra sensibilidad reacciona por modo más intenso cuando advierte distancias más agudas entre los puntos extremos que a la contemplación ofrece la carrera del héroe. Tal el caso de Benalcázar, que de los más humildes fondos asciende, solitario, inerme, majestuoso, a la superficie de la historia.

Patético misterio el de su vida! Regazo de plebe y escasez lo recibe cuando surge a la angustia de los días en aldea de oscuro nombre, que al adherirse al suyo cobró el brillo de que había venido careciendo, perdida en un rincón de la vieja España. Nada presagia en su niñez el porvenir de lucha y gloria que se esconde, para asombro de las edades, en su ventura plenitud. El hijo de los Moyanos es un rapaz como cualquiera otro en la villana chiquillería del lugar. Mas ¿quién pudo llegar a las sombras en que se forjan y distribuyen los destinos? Rudo, vivaz, analfabeto, Sebastián cumple, en las faenas de su casa, funciones de peón infantil, que alterna con los juegos usuales en su edad y su medio de opacos horizontes. ¿Erigíase, acaso, en capitán de las cuadrillas de niños campesinos que iban y venían con él en el trabajo y vagabundeo propios del ambiente rural, estrecho y libre a un mismo tiempo, en que había nacido y empezaba a crecer? ¿Heríalo ya, sin que él llegara a definir su sentido, el acicate de la espuela de oro que raya en la oscuridad y confusión de las inquietudes insondables los corazones elegidos? ¿En las noches desiertas

de su pueblo dialogó con los luceros vigilantes que más tarde habrían de encontrarse con él en la opulenta soledad de las noches americanas y habrían de bajar a las lanzas de su tropa y al acero, como ellos fulgurante, de su armadura? ¿Soñaba? ¿Ambicionaba? ¿Presentía? ¿O vivía, por el contrario, como los otros hijos de su plebe materna, sin más anhelos que los que suscitaban las diarias exigencias del hambre y de la sed, sumiso al rudimentario derrotero que principia en el camastro de la prole y va a desembarcar, por un cauce de igual dolor, en la fosa enmalezada del cementerio campesino, que es otro camastro colectivo de esas gentes idénticas, a sí mismas en el nacimiento, en la vida y en la muerte?

Universalmente conocido es el episodio que fija el momento en que el héroe, mancebillo de pobres menesteres, entra en la órbita cuyo vuelo ha de esculpir su nombre en los abismos de la inmortalidad. Dijérase una de aquellas leyendas infantiles que eligen los más humildes elementos para engendrar en ellos, por obra de los poderes mágicos, la grandeza que vence al tiempo y al espacio. La lucecita de los campos, trepando al horizonte por las colinas de las nubes, se adueña de la noche y se convierte en el fanal que alumbraba y rige el sueño de los hombres.

Sebastián viaja un día por los caminos de su aldea arreando el borrico que porta leña o agua para la cocina maternal. La gloria espía al mozo y empuja al asno a un tremedal de la vereda. Bárbaro golpe de impaciencia deja muerto al jumento. Y como la vida, para desesperación de nuestra lógica estupefacta, juega a la paradoja, hé aquí que esta escena de sainete rural, la cobardía de un adolescente ante la amenaza de reprimendas familiares da principio a una carrera de fabulosas osadías.

El mancebo, al huir, escapa al dominio familiar y al de la historia. El destino alimenta en sus sombras al polluelo. Otros serán los días y diferentes las regiones en que habrá de surgir, armado de insospechados resplandores, con la carga de la epopeya a las espaldas, Sebastián, en la América, no sabemos cuánto tiempo después de su llegada, impónese a las falanges de conquista como uno de sus más seguros conductores. Adivina que para saber mandar hay que saber obedecer, y acepta las jefaturas de Pedrarias, de Hernández Córdoba, de Pizarro y de Almagro. Mas ya, bajo el ajeno mando, el extremeño se señala por sus claras

virtudes de caudillo. Reconócenselas los jueces definitivos de la guerra: los soldados. Actúa, además, en funciones civiles como alcalde de León. No hace violencia a su día. Muestra, por el contrario, el equilibrio de las fuerzas auténticas y la visión serena de los hombres que contrapesan a perfección en su balanza la voluntad de Dios y su propia voluntad.

La conquista en la América Central había terminado por avanzar pesadamente, como un carro solicitado por impulsos contrarios. La gesta había degenerado en una corte bárbara. En la savia de la epopeya discurría el veneno de los pecados capitales. Por su grandeza casi cósmica, aquellos hombres requerían, para moverse sin chocar y despedazarse, órbitas estelares. Peleaban selvas, pampas y cordilleras como si se tratara de cortijos domésticos. Eran hijos de la tormenta, tempestad de ellos mismos, y cada uno medía sus dominios con la vara de la centella. A tal edad, tales almas; a tal desierto, tales leones.

Pizarro y Almagro abren a Benalcázar los confines del mar descubierta por aquel otro homérica sacrificado en las disputas trágicas. Acepta y viene al sur. Es la tercera cifra de aquel tríptico gigantesco, mas obra todavía como simple teniente. Apenas ha llegado a la madurez. Apretado barboquejo de seda proyecta el carbón de la cabeza en un óvalo que aclara, contrastándolo, el rostro curtido por el sol. Los ojos, almendras mellizas talladas en el ébano más hondo y puro de la noche, aquel que crepita en el límite del aire, esmaltado, por irradiaciones metafísicas. El torso, como el de los cíclopes, armado en planos de bronce, sobre cuyas superficies vigorosamente delimitadas por el relieve de los altos tendones, la fuerza oculta ponía el pulso y color que en sus paredes abrasadas deja ver el hornillo de los crisoles. La usual armadura, vistiéndolo de hierro, apenas lo viste de sí mismo. En el cinto el alfanje ofrece el fenómeno de un tercer brazo natural.

Corresponde a la estampa la perfección épica del héroe. Está cercano el día de su actuación directa. El arbutto de la lejana Extremadura se ha transformado en roble inmenso, a cuya fronda puede abrigarse media América ecuatorial.

Arrebatado por el viento de la misión que le había sido reservada; al empuje de la energía acumulada en los años en que creció a otros su compañía de genial soldado, y en

los cuales la hazaña no tuvo jamás el vuelo libre que requería su índole aquilina; vencido al fin el vaso de su espíritu por la angustia heroica que en él habían ido dejando, una tras otra, las jornadas anteriores, emancípase Benalcázar a la rectoría de Pizarro y abre ante la ambición y las de sus gentes, espoleadas por el señuelo del Dorado, el horizonte de estas tierras desconocidas, a lo largo de cuyos montes y llanuras habría de desenvolver, inversamente, un camino paralelo al que había traído su nao por el mar.

Y es aquí donde y cuando el héroe se halla frente a la plenitud de su destino. La América interpone a su paso la más arisca de sus zonas: el nudo del Ecuador, en que el planeta endurece su costra y aprieta su cintura con un triple ceñidor de montañas para defender la integridad de la esfera en el vértigo de las constelaciones. Brava y dura en los anales de la conquista fue esta correría de Benalcázar. La historia palidece ante la hazaña, cuya relación espera aun el poeta comparable en grandeza al conquistador que esculpa en piedra castellana la odisea sin par. Encarna en ese instante Benalcázar el genio de los Andes. Los cráteres se enfilan a contemplar la romería y encienden sus penachos para anunciar a la tierra y a los cielos la apocalíptica invasión. Despliegan los vientos sus falanges y erigen las tempestades sus espadas. El suelo pone en movimiento sus innumerables colonias de alimañas y el aire agita en las alas invisibles de los insectos los zumos de la muerte. Abren sus fauces los abismos. Las ciénagas afloran en sus burbujas suspirantes los miasmas de la fiebre, que mata con la agonía del amor. Las tribus naturales acuden también a la defensa y alfombran de celadas el itinerario de la columna extraña. Fueron los de la marcha días de continua refriega y de combativo insomnio, en que la atmósfera sentía a cada paso desgarrada su túnica por la saeta envenenada y por el filo estrellado de la lanza. El relincho del caballo, que por primera vez hería nuestros ámbitos, cumplía, ante el asombro indígena, la misión de corneta militar. Y así el mensaje cristiano avanzaba en éstas como en otras comarcas de la América en una tropa de centauros.

Nada fue suficiente a detener a Benalcázar. Traía el empuje de un heraldo de Dios. Su hora había llegado. Y en este valle generoso, cuyas perspectivas de ensueño debieron abrirse ante las pupilas españolas como un presente mítico, estaba señalado el más alto escalón de su glorioso de-

rotero. Su arribo al Valle fue el arribo al momento cenital de su vida. El heroísmo de la ruta nos entregó el arcángel. Este que ahora emerge de la entraña de nuestra colina maternal, erguido en ella, quebrada en triángulo una pierna y afirmada la otra sobre la tierra sometida, en reposo la espada, perdido el ojo en la llanura y el brazo señalando la vía y horizonte del Pacífico, a cuyo ritmo cósmico, como al del Nilo la cesta de Moisés, se balancea el porvenir en esta hora ciega de la historia. Ejerciendo queda aquí su destino de mensajero heroico, a fin de que nosotros y nuestros hijos seamos fieles a su enseñanza y dignos de ella.

Hay hombres superiores cuya grandeza se desenvuelve en permanente compañía de la desventura, ya en el campo económico, ya en la intimidad espiritual. A otros los aflige el dolor en pos de las embriagueces de la gloria. Mas el hecho es que si nunca falta en vida alguna la desgracia, menos en estas vidas eminentes, porque la expiación de la grandeza se cumple con la matemática necesidad del fenómeno obediente a las leyes de la física. Hasta este punto culminante de su carrera, Benalcázar fue un hombre venturoso, en el sentido de que día tras día pudo contemplar, mucho más allá de lo que alcanzó sin duda a aspirar en sus comienzos, el ascenso continuo de su estrella. Iníciase aquí la curva descendente de su parábola. Coinciden en este ocaso triste todos los conquistadores españoles. El medio geográfico y político imponía el desenvolvimiento de sus obras por pautas de violencia. Y la violencia lima y roe los metales más firmes. Llegaba siempre para ellos un día en que la fuerza de su prestigio no obraba por modo suficiente sobre las gentes sumisas de la víspera. Era el momento del crepúsculo, comparable, por lo impreciso, a ese instante en que quiebra el sol sobre los campos y que sólo sabrían fijar las brisas y las aves. Por un privilegio semejante de Dios, la caducidad del héroe quienes la adivinan y presienten son los seres humildes.

En esta misma ciudad que poco antes había nacido al soplo de su genio y que ahora lo exalta y glorifica en bronce imperecedero sufre Benalcázar, desposeído y en prisión, duro juicio y en pos de él infamante condena. Mientras se surte la apelación, decretado el secuestro de sus bienes, oblitégasele a partir para España. Bajando en lenta embarcación el Magdalena, la fiebre que venía aniquilándolo crece y avanza sobre las últimas reservas de su sangre. Languidece

en indecible amargura, despojado, infamado, rodeado de soledad. Hay una olímpica majestad en estos desamparos de los grandes vencidos, porque ellos clausuran el proceso a que deben ser sometidas las vidas heroicas para la necesaria depuración de la escoria inevitable. El concepto de heroísmo dice limpidez, y sólo el dolor nos hace limpios.

Y el que había sido, como el otro, grande en el pensamiento y en la acción, supo ser también grande en el infortunio. En verdad os digo que no es mayor el Banalcázar fulgurante del medio día, que este Benalcázar doblado y taci turno de la tarde. Rendida la cabeza sobre el pecho que ya se inclina hacia la tierra; turbias, como cisternas removidas, las pupilas en que antes anidaba el sol del Trópico; cenicienta, casi de sal, la barba, y amarillento el bronce de la piel, que ahora se tuesta y raja como esos cueros que nuestros pastores curan, templados por el revés, a la intemperie; curva la espalda, mustios los brazos, pesadas y temblonas las piernas. No viste ya marcial arreo. La espada de la gloria, voluble aun ella misma, huyó, hace días, con los amigos de la fortuna.

Pero ya nada de eso le hace falta. Arma y gente fuerónle necesarias en los trajines de la milicia y del gobierno. Al enemigo de ayer sustituye, ante sus ojos, la muerte. Ya no contempla al hombre: mira a Dios.

Llegado a Cartagena, dicta su última voluntad, dispone su conciencia, y acaba. Un amigo, de los dos únicos que le quedaban, compró cuatro varas de ruan y pagó a una mujer, anónima y piadosa, un peso y dos reales para que con ellas amortajara el cuerpo del héroe.

Callan aquí la crónica y el romance. Ya está inmóvil. Ya puede descansar. Ya ha empezado a vivir la doble vida del seno de Dios y de la humana posteridad. Su obra y su nombre se confunden en una luz homérica.

Tres siglos después hacía igual camino y concluía en análogo vencimiento, pobre y desasistido como él, a la orilla del mismo mar, el libertador de las tierras descubiertas y conquistadas por Benalcázar.

III.--Conquistador y fundador símbolo de España

Mas no es sólo Banalcázar conquistador en el sentido singular de hombre de guerra y de dominio armado. Ostenta, por el contrario, la asombrosa pluralidad de valores de inte-

ligencia y corazón que señala y caracteriza a los fundadores de imperios. Coincidió en él, con el arranque épico, la capacidad de reposo en que el hombre define la línea de su acción y la naturaleza repara y distribuye sus fuerzas. Porque participan de las virtudes esenciales del cosmos, que en el hombre se perfeccionan hasta la llama del espíritu, las cosas de Dios nos dan la imagen y modelo de esta simultaneidad maravillosa, en cuya altura y perfección obtenemos la cifra de medida cuando aplicamos los instrumentos del análisis a los creadores y conductores de pueblos. Así son el río y el viento, que castigan, quebrantan y destruyen, y luego se acuestan en los campos, allí donde la naturaleza del terreno invita a su beneficio, a hacer el reparto de los dones acopiados en una marcha que parecía de muerte y destrucción y sólo éralo de vida y acarreo de archivo y ordenación de gérmenes. Así es la tempestad, que cauteriza la gleba y pone fuego en las pajas infecundas, para limpiar el aire y enriquecer el surco con todos los tesoros de la atmósfera. Así es el sembrador, que arrasa y quema el predio para que el grano brinde en plenitud su contenido de belleza y alimento.

La perspectiva histórica, que obra como aquellos cristales dispuestos para la eliminación de los accidentes perturbadores del objeto inquirido, nos muestra hoy la estampa de Sebastián de Benalcázar, en el fondo clarificado de su siglo, como ola de un triptolémico campeador, que abandonando el caballo de la conquista, baja a la tierra herida por su lanza de paladín y removida por el casco de la bestia a depositar en ella la simiente que venía confundida en su morral con los elementos de combate. Hé aquí por qué su paso por las campiñas generosas de la América dejó en ellas, con la sangre y candela inevitables, una estela magnífica de futuras ciudades, de sembradíos y rebaños. Donde antes existía la tribu aislada y sometida a leyes torpes, erigió sistemas de cristiana intención y estableció gobiernos encaminados a propósitos de justicia. Fue sobre la barbarie natural y humana en cuyas vastas extensiones desarrolló su vuelo, no el águila rapaz que reduce la pupila a la presa ambicionada, sino paloma mensajera que va dejando en todas partes, horizonte tras horizonte, la noticia de Dios. No era, como muchos hombres de estas épocas de necesario y continuo pelear, un fanático de la guerra. Amaba la paz. Buscábala y la imponía allí donde la obra de sujeción que-

daba rematada. Tenía de la conquista un claro, auténtico concepto colonial, es decir, un concepto de proyección patriótica y cristiana.

El soldado que se siente inepto para las empresas que salen del marco de la lid crea en torno suyo ambiente bélico, e impidiendo el régimen jurídico, aspira a sujetarlo todo a cánones de violencia. Hasta donde en su edad y circunstancias pudo hacerlo, Benalcázar adelantó fundaciones de espíritu civil y propendió a la evangelización y docencia escolar de los indígenas. El antiguo alcalde de León podía ser, en su vidente ignorancia, en su analfabetismo iluminado, magistrado y patriarca de las tierras que su brazo de guerrero iba dejando uncidas a la corona hispana. "Díerale Dios, en Quien tanto libró y esperó, mayor vida y posibles, ha podido decir de él Guillermo Valencia, y habría él solo consumado la empresa desde Castilla de Oro hasta Nueva Toledo, la austral encomienda de Almagro".

Viene por este modo Benalcázar a ser símbolo excelente, de la nación en cuyo nombre y por cuyo mandamiento obraba en Indias. Al recibir de manos de la Providencia el mundo descubierto por Colón, España lo estimó en calidad de presente divino y adhirió a él la sagrada obligación de redimirlo apostólicamente. "España fue así, como ya ha sido observado, un Estado misionero antes que conquistador. Si utilizó la espada fue para que, sin violencia, pasara triunfante la cruz. La tónica de la conquista la daba Isabel la Católica cuando a la hora de su muerte dictaba al escribano real estas palabras: "Nuestra principal intención fue de procurar atraer a los pueblos de ellas (las Indias) y les convertir a Nuestra santa fe católica". La daba Carlos V. cuando, al despedir a los prelados de Panamá y Cartagena, les decía: "Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuestras; parad mientes que deis cuenta de ellas a Dios, y me descarguéis a mí". La dieron todos los monarcas, en frases que suscribiría el más ardoroso misionero de nuestra fe. La daban las leyes de Indias, cuyo pensamiento oscila entre estas dos grandes preocupaciones: la enseñanza del cristianismo y la defensa de los aborígenes".

El arco toral de la obra de España en América descansa en dos columnas inseparables: el soldado y el misionero. Logróse así, como lo observa Ramiro de Maeztu, "una perfecta compenetración que no tiene ejemplo en la historia y que es la originalidad característica de España ante el res-

to del mundo". Definida en el Concilio de Trento, por obra de los teólogos españoles, la doctrina de la gracia, y asegurada en ella la unidad moral del género humano, quedó "salvada la creencia del hombre en la eficacia de su voluntad y de sus méritos". Esta doctrina inspiró, sigue Maeztu, la legislación del Consejo de Indios, que trajo la conquista del Nuevo Mundo en empresa evangélica y de incorporación a la Cristiandad de aquellas razas que llamaban los reyes de Castilla "nuestros amigos los indios".

El soldado cumplía su misión en cuanto preparaba y favorecía la acción del evangelizador. Los dos constituyen la indisoluble unidad de España en Indias. El natural debía ser elevado a la dignidad de cristiano y dispuesto a la eterna salvación. La obra entera de la conquista, por encima de todas las demasías y errores correspondientes a la época, giraba en torno de este eje tridentino. Vinculados en la empresa común, el misionero era el apóstol y el conquistador era el heraldo. En la espada del uno canalizábase la corriente evangélica que el otro traía y desataba sobre el idólatra aborígen.

El puntual y fervoroso cumplimiento de este aspecto de su misión es lo que otorga a Benalcázar magnitud y brillo de primer orden en la teoría de los conquistadores. Y ello pone pasmo especial en el ojo que lo mira. El genio militar no parece reñido con las miserables condiciones de su origen, ni aun con el ambiente primario de su niñez y de su adolescencia. Larga es la lista de extraordinarios capitanes surgidos en análogas circunstancias. Pero, en cambio, presenta nota de inverosímil la coexistencia de estos hechos oscuros con el alcance posterior de su inteligencia en el dominio de todos los aspectos de la conquista. Hay una especie de brujería de la vida, algo como una ironía del destino, casi dijérase que como un desplante de la divinidad, en esta encarnación tumultuosa y ordenada a la vez, torrencial en el ímpetu y matemática en la distribución, de las virtudes universales de la sabiduría en la cantera bruta de aquel gañán de Extremadura que del pozo en que yace un asno muerto por su mano de hierro sale, despavorido, en fuga hacia la historia. Todo: la arcilla elemental, el oficio primero, la perfecta incultura, la índole de la faena de conquista que embargó su juventud y su madurez, confluía a hacer de Sebastián de Benalcázar un rudo capataz de mesnadas vagabundas, como otros, con elementos más pro-

picios, fuérenlo para desventura del nombre español en las Américas, y hé aquí que se nos muestra como un varón esclarecido por los dones de las más altas categorías del espíritu. Sólo una anticipada visión genial de los horizontes de éstas en esos tiempos fabulosas comarcas, cuando aun andaba caótica y equivocada la geografía del continente, pudo dar a sus fundaciones esa unidad de pensamiento que ha reconocido la crítica después, como se puntualiza, al término cumplido, la exactitud de los vaticinios del profeta. Justifícase en estos hechos la conclusión a que ha llegado rigurosamente uno de sus más fervientes biógrafos:

"Por su energía integral; por su recia envergadura heroica; por su broncíneo vigor ambulatorio; por la amplia comprensión de su misión histórica, más meritoria cuanto más deficiente fuera su primitiva educación; por su tacto político; por su ambición, Sebastián de Benalcázar puede medirse, hombro a hombro, con Francisco Pizarro y Hernán Cortés, a quienes no es un punto inferior y hasta pudiera decirse, sin aventuras, que por ciertos aspectos llegó a superarles: en actividad dinámica a ambos, en desprendimiento a Cortés, y en genio, en acometividad, en discreción y nobles procederes a Pizarro".

Tuvo, pues, Benalcázar la grandeza esencial: aquella que no presenta aleaciones sospechosas, ni es resultante de arduo esfuerzo, sino que brota, por augusto designio, como una luz congénita, de la raíz misma del hombre. No hubo en él factor alguno concurrente: antecedentes familiares, educación, disciplina o influencia, que hubiera estimulado o favorecido el desenvolvimiento de una personalidad de excepción. La gloria en él tiene por eso la calidad intrínseca del fruto necesario. Bastóle, para no dejarla malograr, la admirable fidelidad a sí mismo que nos da en toda su parábola. De ahí que sea inseparable de su obra, con la cual se confunde como el fulgor de la llama con el principio del fuego que la engendra. Hubo algo de fatal en el impulso que lo arrancó a la gleba originaria y lo llevó a la cima histórica en que lo estamos viendo, lo vieron nuestros padres y habrán de verlo nuestros hijos, no importa bajo qué signo venga o vaya el oleaje de los tiempos. En su nombre y memoria alienta el soplo perdurable que anima el ser de las criaturas de la fábula.

IV. El héroe y la ciudad

Instalado en esta colina panorámica, el héroe se incorpora al escudo de la ciudad. Encaramado queda aquí, como un ángel custodio, sobre el más alto de los siete mogotes que interrumpen, al fondo, la perspectiva de aquel histórico blasón. Antes de que tornara en efigie a presidirla, la ciudad ha crecido largamente, como una colmena alimentada por un jardín ubérrimo, y se ha tornado del breve aduar, recostado contra la línea divisoria del valle y la montaña, en esta dura masa de humanidad, cada día más densa y dilatada, cada día más compleja, más llena de ruido y de dolor.

No era preciso que le fuera devuelto en forma corporal para que la siguiera vigilando y asistiendo. Todo lo que en ella ha habido y hay de impulso ascendente, de fuerza generosa, de voluntad de acción, tiene principio en el hombre que la engendró en espíritu y la otorgó como patrimonio su asombrosa energía. Ella es y sigue siendo la hija perfecta del héroe porque nació de él en la cima de la gloria y en el comienzo de la desventura. De haber llegado a los términos de la meditación ancianidad, en que el hombre mide sus días y sus obras, la habría amado especialmente, con esa inefable predilección, hecha de gozo y amargura, con que amamos los seres y las cosas que se incorporaron a nuestra vida en un minuto misterioso de ella. El ha sido, en todas sus jornadas, el numen de su ser, la clave de su historia, la savia de su progreso, la raíz y explicación de su índole peculiar, ésta que funde en su alma a Marta y a María y le ha permitido armonizar con la fervorosa dedicación a la faena diaria, humilde y fecunda, el cultivo del ensueño en que se recibe de Dios la lección de esa otra superior actividad que nos eleva sobre nosotros mismos. Fundada directamente por él u ordenada fundar por uno de sus subalternos, la ciudad presenta las señales de su carácter y su genio: que como él es ambicioso, inquieta, ardiente, franca, hospitalaria, brava en el combatir, dura en el resistir, fiera al acometer, rápida y decidida al emprender, osada al avanzar, larga en el proyecto, obstinada en sus luchas, celosa de sus fueros, generosa de sus bienes, infatigable en el cumplimiento y renovación de sus anhelos, fiel a Dios, a la patria y a sus propios destinos.

Pudiera no haber acudido aquí en el bronce perdura-

ble, y estaría lo mismo con nosotros, o con mayor exactitud, en nosotros, entrañado en nuestro ser, metido en nuestra historia, rigiendo nuestros pasos, iluminando nuestra ruta, adoctrinándonos en la buena fortuna y calentando nuestro corazón en la adversidad. Mas la de este momento es obra buena en cuanto trae a los sentidos, en forma bella y severa interpretación, una fuerza que iba escondida en nuestras almas, vívida, actuante, notoria para nosotros, pero invisible a los demás y por eso por muchos de ellos ignorada. Es así como esta estatua, más que un homenaje, viene a representar un símbolo. Esta estatua queda significando aquí el alma de la ciudad, que se confunde con el héroe. Porque en Sebastián de Benalcázar halló principio su existencia y en él renueva cada día su voluntad, su fe en Dios y su confianza en el resultado infalible del esfuerzo.

Héla aquí, oh capitán, tendida al pie de tu collado, reclinada a tus plantas, mirándote y dejándose mirar, complacida, como esas hijas que orgullosas de su rica fecundidad devuelven al tronco primitivo, en flor gallarda y vasto fruto, el principio genitor que de él recibieron en su origen. La aldea antigua es ya ciudad de anchas fronteras. Invadido el ribazo original, avanza a la llanura y clava las flechas de sus fábricas donde antes pacían en libertad georgica los rebaños. Cada día suben más sus almenas y tejados. Este rumor que hasta aquí llega, en el aura, viene a contarte cuán recia y ardorosa y sin descanso es su labor de vida. Mira aquellas torres y cúpulas que se yerguen sobre el conjunto: son las casas en que adora a Dios y alimenta su esperanza. Aquellas celdillas de colmena son las sedes de la industria y las oficinas del comercio. Allá guarda sus armas y centinelas la república. Esos puentes vinieron cuando la ciudad, como dijo el poeta, se atravesó el pecho con el puñal de plata de su río. Dos líneas paralelas fulgen entre el verdor unánime: es la vía de hierro, que no conoció tu edad, y ahora ciñe las distintas comarcas de la patria. Esas cintas blancas son el cauce de la sonora mecánica que ha hecho de tu pueblo la rosa de los viajes. Aquel circo romano la palestra en que la juventud renueva la sangre, afirma el músculo, quema la piel y el hueso de la raza, y donde ahora unifica, en flor de pétalos continentales, las indianas banderas que no alcanzaste a ver. Aquí, en esta casa próxima, vivió el cantor que completó la obra

de tu conquista, haciendo de tu comarca provincia de la poesía inmortal. Esos cuadros de verdura son los huertos por donde respira la tierra fatigada del hombre y sus empresas. Los varios tonos de esmeralda del valle son fundos de ganado, plantíos de frutales, sementeras de arroz y miel, labranzas de hortalizas. Recréate en tu obra, en la obra de tus hijos, en la obra de Dios. ¿Te ha parecido que en la noche el cielo se vuelca sobre el valle? Es que el hombre ha captado el secreto luminoso del rayo y ha avanzado en sus artificios hasta la descomposición y fraccionamiento del relámpago. ¿Miras a lo alto? No te espantes, capitán: la máquina ha cobrado alas en su propia fuerza. Lo que tú recorriste bravamente, como un gusano movido por el alma de Job, en largas, inverosímiles jornadas, recórrelo el hombre de estos días en vuelo rapidísimo, mayor que el de esos cóndores que en las cumbres veías pasar sobre tus tiendas. Trasmite así también su pensar y su sentir. Las cosas cambian, capitán. Las cosas han cambiado. Sólo el hombre permanece idéntico. Nada ha podido redimirlo de su miseria y su dolor.

Has estado, en todos estos días, mirando correr la vida nueva por la calzada de piedra y de cemento que anilla el collado en que te yergues. Esa es la vía carretil que va buscando el mar por las regiones que mandaste explorar y todavía sigue señalando tu índice de profeta. No ha llegado aun a su término. Pero la ciudad se congrega en torno tuyo, en esta fecha clásica, a jurar que ha de vencer, con tu espíritu, con la osadía que de ti tiene recibida, todos los obstáculos naturales y humanos que han de seguir y siguen poniéndose entre ella y su propósito. Tú la enseñaste, en tu odisea, a trasladar los montes y a someter al hombre hostil.

Y con este juramento de fe y esta promesa de esperanza, te saluda y aclama hoy como su padre y guía, oh formidable adelantado de la epopeya americana!

MARIO CARVAJAL

*Doctor en Filosofía y Letras de
este Colegio Mayor.*



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico